

Dilemas de la memoria: imagen y narración**Micaela CUESTA***

Resumen: El objetivo de este artículo es reflexionar sobre los dilemas de la memoria suscitados por los terrorismos de Estado de Sudáfrica y Argentina. A ello nos incita la traducción reciente al castellano del libro *País de mi calavera* de la sudafricana Antjie Krog, donde se reelabora, en una fusión de géneros discursivos, la cobertura periodística realizada durante los dos años de funcionamiento de la Comisión por la verdad y la reconciliación (CVR) activa en ese país entre 1994-1996. Bajo la luz de este texto adquieren nuevas tonalidades los debates en torno a la justicia, los juicios, la verdad y la responsabilidad, que tuvieron y tienen lugar en la Argentina desde la última dictadura militar. En este marco se propone transitar las formas bajo las cuales se “elabora el duelo”, se narra el horror y se dispone a la escucha de experiencias traumáticas en sociedades atravesadas por la violencia y el terrorismo de Estado.

Palabras claves: Terrorismos de Estado. Memoria. Justicia. Narración.

Memory dilemmas: image and narration

Abstract: The aim of this article is to reflect on the dilemmas of memory raised by the terrorist acts of South African and Argentinean states. This is prompted by the recent translation into Spanish of the book *Country of my skull* of the South African Antjie Krog. There is reelaborated, in a fusion of discursive genres, the journalistic coverage made during the two years of operation of the Truth and Reconciliation Commission (TRC) active in that country between 1994-1996. In the light of this text, the debates around justice, the trials, the truth and the responsibility that have taken place in Argentina since the last military dictatorship take on new tonalities. In this context, it is proposed to cross the forms under which "mourning" is elaborated, the horror is narrated and it is prepared to listen to traumatic experiences in societies crossed by State violence and terrorism.

Keywords: State terrorism. Memory. Justice. Narration.

* Doctora en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires), docente e investigadora Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) - Universidad Nacional de San Martín, UNSAM Campus Miguelete, 25 de Mayo y Francia C.P.: 1650. San Martín, Provincia de Buenos Aires, Argentina. E-mail: micaelacuesta@yahoo.com.ar

“¿Por qué escribí?”

País de mi calavera revela hacia el final una confesión que la autora realiza a su editor: “Tengo que escribir un libro si no quiero volverme loca”, y su “Nota de la edición original” sentencia: “Quien quiera oír que oiga”.

En el principio fue solo ver. Ver durante siglos y llenar la cabeza de ceniza. No había aire. No había zarcillos. Ahora, además de lo que se ve, está lo que se dice, y la mirada se sumerge en la boca. Presencio el nacimiento del lenguaje de este país.

Y nos arrasa. Como un incendio. O una inundación. La palabra adecuada no es “lágrimas”. Es agua que corre por las mejillas y no nos deja escribir. Ni pensar. (KROG, 2016, p. 71).

Pero Antjie Krog escribe, piensa y dice. Dice para no enfermar, habla para sanar. Sabe que sin ser víctima directa ni ofrecer testimonio solo le queda expresar la banalidad. Piensa que “No hay poesía que pueda surgir de algo así” (KROG, 2016, p. 106), desmiente el anatema que ella misma se lanza: “Que se me caiga la mano si escribo.” (KROG, 2016, p. 106). Y escribe. Sabe que si lo hace traiciona y explota lo sucedido, pero si renuncia a hacerlo corre el riesgo de morir.

Antjie Krog escribe. Y al entregarse a la tarea evita el detalle de mal gusto tanto como la jerga médica, procura no hundirse en la sucesión de voces ahogadas de dolor, se sustrae al juicio crítico con la misma fuerza con que elude la palabra moral, se sobrepone al estremecimiento y la parálisis que produce el horror. Escribe lo que esa singular experiencia le dicta.

Antjie Krog habla. No desconoce que la historia pasa “de la política al lenguaje”. Busca pronunciar la verdad tan solo para constatar que se vuelve cada vez más esquiva, que no es algo que se revela sino un trabajo cuyo fin es difícil de anticipar. Antjie Krog piensa. La reconciliación, su apelación, opone menos resistencia; sin embargo, no se traduce en mayor realización ni en mágica reparación. Quizás sea preferible, o más adecuado, hablar de *conciliación*, en un proceso paciente de democratización que no se complace, sin más, con aceptar en un gesto de resignación todo el Mal y el dolor.

Al ver, a la sucesión de imágenes compiladas en los viajes de la CVR por pueblos más o menos perdidos de la ancha Sudáfrica, le sigue su traducción al lenguaje escrito. Como en toda transposición, algo se pierde, pero también algo se gana. El trabajo de la escritura, que no excluye el tratamiento de “imágenes literarias”, convoca en la labor de tramitar el trauma que realiza Krog una multiplicidad de géneros: poesía, testimonio, autobiografía, crónica, ensayo filosófico. El objeto que se busca aprehender parece exigirlo.

El *rodeo* (Benjamin, 1990) se ofrece, entonces, como una de las formas más adecuadas de narrar una experiencia que, a causa de su violencia, rechaza toda mirada directa. De allí que se apele a imágenes y a escrituras para propiciar condiciones de escucha no siempre disponibles. En efecto, si las condiciones de la escritura vienen, para esta autora, después de la impresión dejada por las imágenes del dolor y el horror en su memoria, nada garantiza, en cambio, que ellas coincidan con una disposición *justa* a la escucha. Si bien la narración es inescindible de esa relajación espiritual –como señala Benjamin (2008)– provocada por el olvido de sí que habilita que lo narrado se imprima en la memoria, sabemos que las temporalidades de ambas son heterogéneas.

La memoria del trauma tanto como la lectura de sus huellas presentes está configurada por aquellas imágenes y escrituras, a veces habilitadas por formas jurídicas de la escucha, a veces inauguradas por modos de aparición inesperados del recuerdo que hacen advenir la narración y condicionan *performáticamente* los umbrales de lo audible. Así, imagen, escritura, narración se confunden con modos de mostrar y regímenes de visibilidad, con formas de inscribir y leer, con modalidades de transmisión y de escucha. Sin constituir pares identificables, y sin negar tampoco su singularidad, las imágenes hablan tanto como las escrituras muestran en su afán por transmitir una experiencia que, como la de la desaparición y la muerte forzada, sólo puede decirse en sordina.

En Argentina estos regímenes pueden organizarse, siguiendo la caracterización que realiza Carlos Gamerro (2015), en cuatro momentos –más lógicos que cronológicos–. El primero, contemporáneo a la dictadura, se definió como es era de esperar por la elipsis, la alegoría, el desplazamiento. La segunda etapa estuvo marcada por la transición democrática y su figura privilegiada fue el testimonio de partícipes directos, militantes, sobrevivientes. Se trataba de oponer esta verdad a las ficciones más delirantes producidas por la dictadura militar. En tercer lugar, adquieren relevancia los testigos, a veces directos – como los hijos de los militantes– otras, indirectos –meros contemporáneos–. Aquí, volvemos a asistir a la mirada indirecta, a veces refractaria de su primera versión. Un cuarto momento es el que llega con las producciones discursivas “[...] de los que no tienen recuerdo personal alguno; que saben porque escucharon las historias familiares, o leyeron, o investigaron, o imaginaron lo sucedido; o porque fueron víctimas directas de la dictadura, pero víctimas sin recuerdos directos de lo que vivieron.” (GAMERRO, 2015, p. 30).

Esta sucesión no lineal de narración, este desplazamiento que surca las escrituras de la memoria en Argentina, responden quizás, a que aquí, a lo largo de cuarenta y un años, dice Gamerro:

[...] se realizaron los juicios a las juntas, que continúan ahora con los otros responsables, se reivindicó y reparó, en la medida de lo posible, a las víctimas; se reestableció la identidad a muchos cuerpos; se recuperaron muchos chicos arrebatados a sus familias. Si no hubiese sucedido todo eso la literatura seguiría atada a las funciones más básicas del testimonio y la denuncia. (2015, p. 32).

Que esto sea así no significa que el trabajo de la memoria esté garantizado, por el contrario, como luego veremos, él se encuentra bajo amenaza.

Imágenes que narran

Mucho se ha escrito sobre los límites ético-políticos en el uso de las imágenes para narrar el horror. ¿Qué y cómo mostrar? ¿Cuándo lo que se ve de tan intolerable/insoportable obliga a apartar la mirada? ¿Para qué mostrar? Y ¿ante quién o quiénes exponerlo? Desde las primeras reflexiones sobre la fotografía de Walter Benjamin (2007), seguidas por las de Roland Barthes (1980) hasta los últimos debates suscitados por la muestra *Mémoires des camps* (2001) reseñado por Jacques Rancière (2010), se extiende una densa reflexión en torno a la imagen. En ella se tematiza tanto sobre los límites ético, morales y los efectos “pedagogizantes” del mostrar, como así también acerca del deber ético-político de hacerlo, de imaginar *pese a todo* (Didi-Huberman, 2004, p. 18).

Sin embargo, en esta ocasión no hablamos tanto de la imagen fotográfica, cuanto de “[...] la dimensión icónica de la palabra [...]” (ARFUCH, 2013, p. 67). De aquello que en la narración excede el recurso al término adecuado para dar lugar a una *imagen* que despierta la memoria. Referimos a un doble movimiento: a una imagen en el sentido que expresa, plasma o condensa de manera estática el contenido móvil de la memoria; o bien, de una imagen que, por lo general involuntaria, dispara o motoriza el trabajo arduo y doloroso de la memoria. El libro de Krog trabaja en ambos registros y los fragmentos que siguen se prestan para imaginar el primero de ellos:

Con total escepticismo, me senté al fondo de la sala. Las únicas imágenes de rectitud a las que tuve que recurrir para formarme una opinión fueron las de los juicios celebrados en otro país a ancianos alemanes enfermos de cáncer y con dificultades para caminar. ¿Qué consecuencias tendría la imagen de P. W. Botha esposado, sin su sombrero, sin alzar el dedo índice y condenado a pasar un largo período en prisión, sino el asombro porque alguien pudiera pensar que esa imagen era una prueba definitiva de que se había hecho justicia? (KROG, 2016, p. 59).

Una imagen para el recuerdo: estamos guardando en el auto alquilado las computadoras personales, las máquinas y los cables, cuando un Mercedes último modelo pasa deslizándose junto a nosotros. Se abren los vidrios

polarizados de las ventanillas y el equipo jurídico de Coetzee [*uno de los altos dirigentes de las fuerzas militares que estaba siendo juzgado*] nos saluda con la mano como hacen los reyes. (KROG, 2016, p. 138).

Se trata de imágenes que se aproximan a la noción de *símbolo* peirceana (Peirce, 1974), esto es, expresan marcos estabilizados, convencionales –pero no por ello arbitrarios, sino históricamente devenidos– de significación. Pero hay además otras imágenes más *indiciales* y, por lo mismo, más perturbadoras o inquietantes en la medida en que dejan abierta posibilidades múltiples de significación: No puedo quitarme la imagen de la cabeza: los huesos descoloridos salen uno a uno de sus envoltorios, junto al montículo de tierra removida (KROG, 2016, p. 390).

—Da mucho trabajo cavar —explica el hombre.

Un hombre con camisa de manga corta coloca los huesos sobre un trozo de lona junto a la tumba... ladrillos. Una vértebra... la clavícula fina y aplanada...

La parte superior del cráneo presenta un orificio de bala.

—Debe haber estado de rodillas —dice el comisionado.

Costillas. El esternón que antes protegía el corazón.

Alrededor de la pelvis hay una bolsa de plástico azul.

—Ah, sí —recuerda el hombre que reconoce la escena—. La dejamos desnuda durante diez días hasta que ella se inventó esa ropa interior. —Se ríe con una mueca burlona—. Sí que era valiente. (KROG, 2016, pp. 250-251).

Imágenes que proporcionan pistas irrefutables (y dolorosas) de acontecimientos cuya génesis será preciso reconstruir en la esperanza de realizar algún gesto redentor. En el relato de Krog la redención de este hecho viene de la mano del arte en ocasión de la visita a una instalación artística realizada por Judith Mason:

De la percha cuelga un vestido hecho de plástico azul, de una bolsa de plástico azul. Del canesú azul bordado, suben los bellos breteles; de la línea de la pechera plisada se abre la falda, ligera y libre, como si se balanceara en la suave brisa de la mañana. Es tan exquisito este vestido azul de movimientos y sonidos delicados que siento que tengo que agacharme, arrodillarme, sentarme. Me ahogo.

¡Es para ella!

Para la jefa de la MK Phila Ndwandwe. El vestido es para ella. La ropa interior de plástico azul que ella misma se hizo cuando estaba detenida para no perder la dignidad frente a los hombres que la tenían desnuda... el plástico de la vergüenza y la humillación se transformó en este homenaje azul a la belleza. (KROG, 2016, pp. 521-522).

Y están esas otras imágenes, decíamos, que disparan recuerdos en momentos inesperados y que, sin importar si provienen del pasado más remoto o del momento

presente, irrumpen en el “tiempo-ahora” (BENJAMIN, 1996) provocando una insospechada afección:

Según ella, una tarde Benzien [*un torturador arrepentido de bajo rango de la policía*] estaba sentado en la galería de su casa fumando un cigarrillo cuando le vino a la mente una imagen del pasado tan intensa y real que se largó a llorar. Su esposa llamó a Kotze y le dijo que cuando le preguntó al marido qué le pasaba, él repetía: “No te lo puedo decir. Me da mucha vergüenza”. (KROG, 2016, p.152).

En ese momento, me viene a la cabeza una fotografía de Hitler que vi una vez en una revista. Estaba rodeado de chicos y una niña le daba una flor. La admiración se refleja en sus rostros puros y delicados. Y recuerdo que, en mi infancia, mi padre se paraba en la ruta que iba a Johannesburgo con migo sobre los hombros para ver pasar a Verwoerd rumbo a Ciudad del Cabo. Cuando veía los autos en las afueras de Kroonstad, Verwoerd se detenía. Recuerdo que una vez me tocó el brazo. También recuerdo que solo comprábamos en negocios de afrikáneres, incluso si cobraban más caro. (KROG, 2016, p. 485-486).

Estos últimos pasajes tienen en común la alusión antes que a la culpa por lo realizado a cierta vergüenza por haber formado parte activa o pasiva de las tramas más o menos visibles de las complicidades que hicieron y hacen posible el despliegue de una violencia sistemática. El pasaje a esta problematización más compleja involucrada en la pregunta “¿cómo fue posible?” obtuvo por respuesta, en la Argentina de las últimas décadas, la caracterización de “dictadura cívico-militar” (y eclesiástica, agregan algunos), plasmándose, además, en una serie de ficciones que lo tematizaban.¹ Ella involucra en distintos grado de responsabilidad a militares, empresarios, dirigentes de la iglesia, funcionarios del poder judicial, y también a ciudadanos comunes. En *País de mi calavera* esta cuestión también se hace presente:

—Ahí fue cuando decidimos presentarnos por no haber hecho nada. — Fueron a un negocio, le pidieron al dueño que les prestara su computadora y escribieron “Amnistía por apatía”.

—¿Pero qué tiene que ver la apatía con la ley? —pregunta un funcionario de la Comisión de la Verdad.

—La ley dice que con una omisión también pueden violarse los derechos humanos —explica uno de los jóvenes—. Y nosotros somos responsables de una omisión: no participamos en la lucha por la liberación. Por eso estamos aquí en representación de millones de personas apáticas que no hicieron lo que debían. (KROG, 2016, p. 238).

Quizás de todas las responsabilidades esta sea la más difícil de tramitar, pues escapa a una identificación rápida y erosiona lenta pero persistentemente los lazos que configuran las formas de solidaridad social. En Argentina, el “caso sudafricano” generó una

breve pero intensa polémica en torno a la postulación, dicho de manera esquemática, de dos modelos posibles de afrontar el horror: uno, el sudafricano, que privilegiaría la verdad en detrimento de la justicia del derecho; mientras que el otro, el argentino, preservando la justicia habría descuidado el acceso a la verdad (HILB, 2013; HILB; MARTÍN; SALAZAR, 2014). Lo que quedaría obturado en el segundo caso, afirma Hilb en sintonía con los conceptos de Hannah Arendt, es la reflexión autocrítica, la posibilidad de arrepentimiento y de perdón, junto a la introducción de matices en las divisiones dicotómicas entre víctimas y victimarios ante una sociedad pretendidamente inocente (HILB, 2013). Lo que esta posición no problematiza u olvida es la resistencia a hablar que –salvo contadas excepciones– han demostrado, hasta nuestros días, los militares responsables del horror; o bien, su falta expresa de “arrepentimiento” ante lo sucedido toda vez que se les ha dado voz o se han manifestado (SALVI, 2016). Por otro lado, como acierta en señalar Tatián, de existir el perdón al “mal radical”, sólo podría darse en el terreno ético más no el jurídico (TATIÁN, 2013). Reflexión ésta que prosigue, en cierta forma, la realizada por Jacques Derrida en ocasión de una entrevista brindada en 1998, poco tiempo después de su viaje a Sudáfrica: “El perdón no hace justicia, eso es indudable, no sustituye a la justicia; el valor del perdón es de distinta naturaleza al valor de juicio jurídico.” (DERRIDA, 2012, p. 14).

Escrituras que muestran

En Argentina los primeros relatos de la violencia del terrorismo de Estado, exceptuando la publicación de alguna que otra ficción literaria², datan de 1983 con el retorno a la democracia y la conformación de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) que recogió miles de testimonios que se convirtieron, luego, en elementos de prueba en los procesamientos judiciales. En Sudáfrica, en cambio, esta tarea estuvo a cargo de la Comisión por la Verdad y la Reconciliación que tenía por objetivo hacer públicos los crímenes cometidos sin la expectativa de un procesamiento judicial posterior de los responsables.

La CVR, conformada por 17 personalidades notables de la nación sudafricana, exigía de los protagonistas de la violencia del *apartheid* la más descarnada confesión en procura de “la verdad” pues a ella estaba atada la posibilidad de la amnistía y el perdón. En simultáneo se alentaba a las innumerables víctimas de esa violencia a presentarse para narrar sus experiencias:

Pero la tarea de la Comisión es mucho más significativa, pues consiste en “[...] escuchar a las víctimas anónimas –a los que siempre fueron ignorados por las autoridades o

los medios de comunicación– y proporcionarles un foro para que expongan sus experiencias.” (KROG, 2016, p. 54).

Si bien la CVR se ofrecía como “foro” sensible y receptivo al relato de víctimas aunque también de victimarios, nada garantizaba, no obstante, igual ánimo de recepción por parte del resto de la sociedad. Esta asincronía llevaba a redoblar los esfuerzos de quienes, como cuenta Krog, trabajaban en la cobertura para distintos medios de comunicación:

Angie, sobre un almohadón para llegar a la mesa increíblemente alta, en un asalto furioso a la primera historia del día. Furioso, porque Angie es de las que usan todos los dedos para escribir con el teclado. (Krog, 2016, p. 68). “[...] tenemos que usar todo el espectro de técnicas de redacción de noticias serias y, de ser necesario, ampliarlas y editarlas de acuerdo con nuestras necesidades.” (Krog, 2016, p. 68).

Estas reescrituras de lo oído reclaman la utilización de los cinco dedos y congregan todos los sentidos, pues en ellas, como dice Leonor Arfuch al reflexionar sobre el caso argentino: “[...] no se trata simplemente de escamotear retazos al olvido sino de articular, trabajosamente, afecto, imaginación y reflexión.” (2013, p. 80). Las modalidades del decir se anudan, aquí, a la dimensión ética de lo dicho: “[...] la posición del enunciador, su papel en la trama, su (auto) valoración, la posibilidad de elaboración y de distancia crítica.” (2013, p. 80). Es la complejidad y lo espinoso del objeto, lo que obliga a ser más cuidadoso en las formas del decir. Pues la composición de esos fragmentos de vida que los testimonios actualizan, su montaje, será la materia con la cual se elaborará el tránsito entre el recuerdo individual y la memoria colectiva surgida de un daño.

Los recursos literarios y los registros escriturales de los que Antjie Krog se sirve para exponer los trazos del trauma sudafricano, se extienden en Argentina en una serie múltiple y heterogénea. Sin ánimo de ser exhaustivos podemos afirmar que al libro del *Nunca más* le siguió la construcción de las memorias de los *militantes*. Mediante entrevistas, testimonios, confesiones, biografías y ficciones autobiográficas se buscaba abrir la discusión a la dimensión política, la actividad de base, la organización guerrillera y la vida en la clandestinidad. Continuando la secuencia que propone Arfuch, podemos sumar a esta saga las producciones cinematográficas que, como tantas otras, intentan recuperar algo de esas figuras desaparecidas sistemáticamente durante la dictadura desde una mirada que, para algunos autores, dio lugar al “giro subjetivo” (SARLO, 2005). Transcurridos 40 años del golpe de estado

[...] estas memorias diversas conviven con autocríticas, con debates encarnizados sobre la violencia política de los años setenta – [...] – con una profusa investigación académica que ha producido una importante

bibliografía, con la creación en distintas ciudades de archivos de la memoria... (ARFUCH, 2013, p. 78).

Y también con toda otra serie de relatos producidos por los hijos de aquella generación desaparecida³ sobre la que se ha suscitado el debate, quizás fallido, en torno a la *posmemoria* (Hirsch, 2015). Pues, como bien señala Belén Ciancio:

[...] el concepto de posmemoria habría comenzado a utilizarse a veces sin situarlo y pensar no sólo las diferencias entre su historia, dominio y contexto de producción – [...], sino también los conceptos de experiencia traumática, de transmisión intergeneracional, de testimonio, de familia y de género que supone. (2016, p. 505).

En suma, una reactualización permanente de lo sucedido que nos hace sospechar de la denominación que recibe en Argentina este campo no tan incipiente de estudios: “Historia reciente”. Más que de historias recientes se trata de historias pretéritas presentes, si se nos permite esa designación, pues no sólo persiste la búsqueda de los niños arrebatados entonces y aún ausente del seno familiar, sino también los efectos de las políticas económicas iniciadas con el golpe militar y reactualizadas, con algunos intervalos, por el partido que gobierna hoy nuestro país. Un hecho expresa como síntoma lo que aquí queremos decir: el 24 de marzo de 2016, al cumplirse 40 años del golpe cívico-militar, el gobierno de la ciudad de Buenos Aires (mismo signo político-partidario que el gobierno presidencial) anuncia *La noche de la memoria*. Haciendo una equivalencia con *La noche de los museos* –actividad cultural que lleva varios años–, ofrece visitas guiadas nocturnas a ex centros clandestinos de detención en un gesto innegable de espectacularización y banalización del horror que linda con lo pornográfico.⁴

En un contexto político tal, donde abundan las declaraciones hostiles hacia las políticas de derechos humanos, la renovada demanda de “reconciliación” por parte de la iglesia y la “familia miliar”, además del polémico fallo reciente de la Corte Suprema de Justicia que beneficia a un genocida con el “2x1” (reconocimiento de 2 años por cada año preso), y la presión constante para dar fin a la continuidad de los juicios por delitos de lesa humanidad y por delitos económicos vinculados con ellos; en un contexto tal –decíamos– reescribir bajo mil registros y lenguajes las experiencias y herencias presentes de la dictadura se convierte en un imperativo ético insoslayable.

Escuchas que hablan

Roland Barthes decía

Oir es un fenómeno fisiológica; *escuchar*, una acción psicológica. Podemos describir las condiciones físicas de la audición (sus mecanismos) con ayuda de la acústica y de la fisiología del oído; pero el acto de escuchar no puede definirse más que por su objeto, o quizás mejor, por su alcance. (BARTHES, 1986, p. 243).

La memoria de la que aquí hablamos no es indiferente a los modos de la escucha, es más la narración que la teje requiere de ella para su constitución e inscripción social y comunitaria. Experiencia, memoria y narración, ya lo decíamos, son inescindibles de la escucha. Pero no todas las escuchas son iguales ni igualmente afines a la memoria. Tutu, el arzobispo integrante de la comisión (CVR) ya lo sospechaba cuando decía –según leemos en el libro de Krog–:

Muy concentrados, los miembros de la Comisión se sientan y Tutu se inclina y comienza a rezar: “[...] que nos dé la fuerza para escuchar la tenue voz de los abandonados, la súplica de los que tienen miedo, la angustia de los que han perdido la esperanza.” (KROG, 2016, p. 57).

No se trata aquí de una escucha *indicial* que, como sugiere Barthes, se orienta hacia los *índices* para anticiparse en actitud de *alerta* a un evento más o menos funesto o deseado. Esta escucha se nos hace más próxima de quienes tuvieron y tienen miedo al horror del que fueron víctimas o testigos y prestan testimonio. Forma de oír que nos hace violentamente iguales a la animalidad que adivina a la presa y se protege de la amenaza que acecha:

Y ahí estaban todos temblando. Mis hijos entonces tenían trece, once y cuatro años... lloraban sin parar. Probablemente tendrían miedo de que en cualquier momento un disparo atravesara la puerta de la habitación. Los tiros eran continuos. Fui arrastrándome hasta la parte trasera de la casa, al lugar de donde venía la mayor parte del ruido. Abrí una ventana muy muy despacio para no levantar sospechas y poder ver qué pasaba. (KROG, 2016, p.104).

Voy hasta el *bakkie* a ayudar a Andries con la cerveza helada. Un coche se acerca al jardín. Sin que nadie diga una palabra, los chicos dejan de jugar y se acercan a la casa. Mi hermano deja la cerveza en el suelo. Su cuerpo adopta una postura tensa y vigilante. Su hija Sumien corre al interior de la casa y vuelve con el revólver. Del coche sale un negro.

—Métanse en la casa —nos ordena Andries sin apartar la vista del vehículo. Adentro todo está en silencio. Aguzamos el oído. Nos llega la risa familiar de Andries y su sesoto fluido. El hombre es un amigo de la infancia de mi padre que viene a desear feliz Navidad.

—¿Cómo pueden vivir así? —pregunto. (KROG, 2016, p. 507-508)

En las palabras de Tutu asistimos, en cambio, a un pedido de fuerza para no sucumbir a modalidades precodificadas de escucha que, con Barthes podemos denominar religiosas y descifradoras (BARTHES, 1986, p. 247). En ella lo dicho atraviesa por una máquina que recodifica en función de unos esquemas preconstituidos en términos de culpa y de futuro. En la historia de la confesión y la religión cristiana esta escucha ha tendido a la interiorización y la privatización (en el sentido de salir de la esfera pública para replegarse al ámbito privado). No obstante, es esta circunstancia la que pone en relación a dos subjetividades e interpela mediante la orden “*escúchame*”; lo cual “[...] conduce a una interlocución en la que el silencio del que escucha es tan activo como las palabras del que habla: podríamos decir que *el escuchar hablar*.” (BARTHES, 1986, p. 249). Este desplazamiento sirve a Barthes para introducir la dimensión terapéutica –psicoanalítica– de la escucha en donde lo que se habilita es la emergencia del deseo del otro. Se trataría, podemos agregar, de *escuchar hablar* al inconsciente.

En el caso de las narraciones de la memoria de una experiencia traumática esta condición de escucha se complejiza. El escenario en que sucede difiere del gabinete del analista y la “verdad” de la que se habla tampoco es, al menos de modo exclusivo, la del inconsciente. No obstante la interpelación a *escuchar hablar* permanece, así como persiste el imperativo ético de atender a las voces de los otros, de suspender la inclinación al juicio, tanto como la mirada territorial de temor y alerta. Podemos retener de la originalidad del modo de escuchar psicoanalítico “[...] ese movimiento de vaivén entre la neutralidad y el compromiso, el suspenso de la orientación y la teoría.” (BARTHES, 1986, p. 251). Quizás estas precauciones contribuyan a generar las condiciones de escucha de lo inenarrable, lo traumático, y propicien la aparición sensible de la singularidad de aquella voz que, al narrar inaugura ese tránsito incierto hacia la memoria colectiva.

Tenemos que oír los sonidos del cabello de los demás, del olor de los demás, de la sangre y las pertenencias de los demás. Tenemos que aprender a oír los sonidos más profundos de las vísceras de los demás en la oscuridad de la noche.

Tenemos que convertirnos en los otros si no queremos descoyuntar para siempre las vértebras de lo humano. (KROG, 2016, p. 549).

En Argentina, la emergencia reciente de “otras voces” que ponen en escenas vidas paralelas atravesadas por la violencia represora, nos coloca ante un nuevo desafío que compromete nuestras modalidades de escucha. Nos referimos al relato de esos hijos de militares o policías represores que, abjurando de sus padres, decidieron hacer pública su voz. Algunos de ellos se agruparon bajo la leyenda “Historias desobedientes y con falta de ortografía”; otros prefieren prestar testimonio manteniendo cierto anonimato. Una porción de

ellos marchó en la movilización del 3 de junio de 2017 contra la violencia machista organizada por el colectivo #NiUnaMenos llevando una pancarta que los identificaba: “Historias desobedientes. 30 mil motivos. Hijos e hijas de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia.” (CURIA, 2017). Un par lo hicieron un tiempo atrás, a propósito de la reacción de rechazo a que dio lugar el fallo del 2x1 de la corte suprema –mencionado más arriba–; momento en el que circuló el testimonio de la hija de Etchecolatz, uno de los genocidas más emblemáticos de la dictadura⁵ cívico militar argentina.

El amplio impacto de esta crónica traducido en la gran difusión de la que gozó –no sólo se reprodujo en los principales medios de comunicación de la Argentina sino también en el diario *El País* de España y *Le Monde* de Francia, entre otros– habilitó nuevas escuchas y, por lo tanto, diferentes narraciones. Como señalan Carolina Arenes y Astrid Pikielny: “El testimonio en *Anfibia* de Mariana D. [...] liberó una corriente subterránea, la de los hijos de represores que cuestionan a sus padres, les piden que rompan el pacto de silencio y que den información.” (2017). Luego de la aparición pública de esta voz, pudimos acceder al conocimiento de esas experiencias de infancias también tortuosas de descendientes de represores. Hoy sabemos que algunos de estos “hijos” junto a otros H.I.J.O.S se vienen encontrando desde 2016 cuando “[...] se pusieron en contacto después de la publicación de *Hijos de los 70*”, libro que reúne “[...] testimonios de personas cuyos padres estuvieron relacionados de distintos modos con la violencia política de aquellos años.” (ARENES; PIKIELNY, 2017, s/p).

Sin disimular la singularidad y heterogeneidad de estas voces disímiles, y sin evocar ninguna idea de “reconciliación”, no cabe duda de que estas historias, como bien afirma Leonor Arfuch, inauguran “[...] un nuevo espacio de palabra. Y de lo que se trata ahora es de poder escuchar. Abrir la escucha como hospitalidad hacia el otro. Poder imaginar el sufrimiento de esas otras infancias clandestinas.” (ARFUCH, 2017, s/p). Esta escucha, insistimos, no ha de omitir las diferencias ni olvidar las responsabilidades. Antes bien, el desafío consiste, en acogerlas en su irrepetibilidad para poder, con ellas, elaborar un porvenir más justo.

Los dilemas, a modo de conclusión

Los *dilemas* que convoca el ejercicio de memoria que realiza Antjie Krog, se replican con distinto énfasis en el caso argentino y gravitan con fuerza desigual en torno a las imágenes y escrituras que organizan la narración de las memorias. Podríamos enlistarlos, como si se tratase de acciones pendientes o de objetivos a cumplir, del siguiente modo:

-poner sobre la mesa la noción de responsabilidad moral que inaugura la polémica en torno a la amnistía y el relato de las víctimas que tanta controversia despertó en los intentos de comparación con el caso argentino;

- exponer el siempre complejo vínculo entre verdad, justicia y memoria;

- resistir la semántica judeocristiana de la confesión y el perdón para, sin negar la lógica de la culpa, hacer lugar a que se exprese también en ella la cultura de la vergüenza y el honor;

- afirmar que la culpa (y el castigo) no puede ser sino individual, aunque la responsabilidad sea, la mayoría de las veces, colectiva;

- subrayar la incidencia del género en la configuración de la violencia, el modo en que interviene tanto en la lucha, la resistencia, cuanto en la tortura;

- dejar en claro que los marcos institucionales y morales que justificaban la violencia pasada están siendo interrumpidos en el presente, y que si las violencias persisten, su legitimidad, en cambio, se encuentra en entredicho;

- mostrar el enigma del momento en que el llanto irrumpe y hace saltar el *continuum* del relato del sufrimiento inaudito de las víctimas;

- dejar establecidas los interrogantes más espinosos: “¿Qué clase de odio vuelve animales a las personas?” ¿Cómo restablecer una moral basada en una humanidad compartida?

- traer a la superficie los rostros detrás de las estadísticas, volver expresivas las calaveras;

- dudar acerca de la pertinencia de una “amnistía por apatía” para dejar al desnudo la extensión de la complicidad civil y la consolidación de un capitalismo racial o un neo-*apartheid* empresarial;

- decir que no hay neutralidad en lo que se narra y que las imágenes que se recortan condicionan la interpretación;

- reconocer que la palabra escrita corre siempre detrás de la singularidad de aquella que se hace pública; y que la lengua que redime es la misma que esclaviza, tortura y oprime;

- establecer que el valor “verdad” se confunde con el valor “mayorías”. Y que sin estas últimas el pasado no es pensable y el futuro no se puede habitar;

- restituir, en suma, la ambigüedad y la ambivalencia arrasadas por el sistema separatista y segregacionista del *apartheid* para dar lugar a un nuevo, aunque precario, *nomos* de la tierra.

Eso hace Antjie Krog cuando escribe. Eso nos hace cuando, al escucharla, nos dejamos conmovir por un relato que no es, solo, el suyo.

Recibido em: 25/07/2017

Aprovado em: 28/01/2018

NOTAS

¹ Entre otras: *El secreto y las voces* de Carlos Gamerro (Norma, 2002), *Dos veces junio* (Sudamericana, 2002) y *Ciencias morales* (Anagrama, 2007) de Martín Kohan.

² Un ejemplo de ello es *Respiración artificial* (1980) de Ricardo Piglia que pone en escena la alegoría y la elipsis como estrategia narrativa para evitar la censura militar. Ver aquí: Gamerro, C. (2015), "Memoria sin recuerdos" en *Review. Revista de libros*, noviembre-diciembre 2016, Año II, N° 10, Buenos Aires: Capital Intelectual, pp. 30-32. También: Aveler, I. (2002), *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*, Santiago de Chile: Cuarto propio.

³ Nos referimos a los libros: *Los topos* de Feliz Bruzzzone (Mondadori, 2008), *La casa de los conejos* de Laura Alcoba (Edhasa, 2008), *Diario de una princesa montonera -110 % verdad de Mariana Eva Perez* (Capital intelectual, 2012), *El espíritu de mi padre sigue subiendo bajo la lluvia* de Patricio Pron (Mondadori, 2012), *Pequeños Combatientes* de Raquel Robles (Alfaguara, 2013), entre otros.

⁴ <http://www.buenosaires.gob.ar/noticias/la-ciudad-organiza-la-noche-de-la-memoria>. Fecha de entrada 08/11/2016.

⁵ Ver: Mannarino, J. M., "Marché contra mi padre genocida" en *Revista Anfibia*, <http://www.revistaanfibia.com/cronica/marche-contra-mi-padre-genocida/>

REFERENCIAS

ALCOBA, Laura. *La casa de los conejos*, Buenos Aires: Edhasa, 2008.

ARENES, Carolina; PIKIELNY, Astrid, Que tu viejo hable. *Revista Anfibia*: Buenos Aires, Argentina. <http://www.revistaanfibia.com/cronica/que-tu-viejo-rompa-el-silencio/>, 2017.

ARFUCH, Leonor. *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013.

_____. Las otras infancias clandestinas. *Revista Anfibia*, Buenos Aires, Argentina <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/las-otras-infancias-clandestinas/>, 2017.

AVELER, Idelver. *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*, Santiago de Chile: Cuarto propio, 2002.

BARTHES, Roland. *La Chambre Claire. Note sur la photographie*. Paris: Gallimard Seuil, 1980.

_____. *El acto de escuchar*. En: _____. *Lo obvio y lo obtuso*, Barcelona: Paidós, 1986.

ENJAMIN, Walter. Pequeña historia de la fotografía. En: _____. *Sobre la fotografía*, trad. José Muñoz Millanes, España: Pre-Textos, 2007.

_____. *El Narrador*. Introducción, estudio, notas e índice de Pablo Oyarzún R., Santiago de Chile: Metales pesado, 2008.

_____. *El origen del drama barroco alemán*, Madrid: Taurus, 1990.

_____. Sobre el concepto de historia. En: _____. *La dialéctica en suspenso [1937-1940]* Traducción, introducción y notas de Pablo Oyarzún Robles. Santiago de Chile: ARCIS/LOM, 1996.

BRUZZONE, Félix. *Los topos*, Buenos Aires: Mondadori, 2008.

CIANCIO, Belén. “¿Cómo (no) hacer cosas con imágenes? Sobre el concepto de posmemoria” en *Constelaciones. Revista de teoría crítica*, Madrid, pp. 206-218, 2016.

CURIA, Dolores. «Historias desobedientes» en *Página/12*, 05 de junio, Buenos Aires, 2017. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/42193-historias-desobedientes>

DERRIDA, Jacques. “Justicia y perdón” entrevista realizada por el periodista Antoine Spire en *Staccato*, programa televisivo de France Culturel, el 17 de septiembre de 1998 reproducida por la *Revista Espacio Laical*, Año VIII - No.31; Julio-Sept 2012, disponible en: <http://espaciolaical.org/contens/31/1216.pdf>

DIDI-HUBERMAN, Georges. *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*. Barcelona: Paidós, 2004.

GAMERRO, CARLOS. *El secreto y las voces*, Buenos Aires: Norma, 2002.

_____. *Memoria sin recuerdos. Review. Revista de libros*, noviembre-diciembre, Año II, N° 10, Buenos Aires: Capital Intelectual, pp. 30-32, 2015.

HILB, Claudia. ¿Cómo fundar una comunidad después del crimen?: Una reflexión sobre el carácter político del perdón y la reconciliación, a la luz de los Juicios a las Juntas en la Argentina y de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación en Sudáfrica”. *Revista Discusiones*, nº 12, Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur, p. 31-58, 2013.

HILB, Claudia; MARTÍN, Lucas; SALAZAR, Philippe Joseph. *Les humanidad. Argentina y Sudáfrica: reflexiones después del Mal*. Buenos Aires: Katz, 2014.

HIRSCH, Marianne. *La generación de la posmemoria. Escritura y cultura visual después del Holocausto*. Madrid: Carpe Noctem, 2015.

KOHAN, Martín. *Dos veces junio*, Buenos Aires: Sudamericana, 2002.

_____. *Ciencias morales*, Barcelona: Anagrama, 2007.

KROG, Antjie. *País de mi calavera*, trad. de Silvia Jawerbaum y Julieta Barba, Buenos Aires: UnsamEdita, 2016.

MANNARINO, Juan Manuel. Marché contra mi padre genocida. *Revista Anfibia*, s/d, <http://www.revistaanfibia.com/cronica/marche-contra-mi-padre-genocida/>. Acceso en marzo de 2017.

PEIRCE, Charles Sanders. *La ciencia de la semiótica*, Buenos Aires: Nueva visión, 1974.

PEREZ, María Eva. Diario de una princesa montonera -110 % verdad de Mariana Eva Perez, Buenos Aires: Capital intelectual, 2012.

PIGLIA, Ricardo. *Respiración artificial*, Buenos Aires: Sudamericana, 1980.

PRON, Patricio. *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia*. Buenos Aires: Mondadori, 2012.

RANCIÈRE, Jacques. *El espectador emancipado*, Buenos Aires: Manantial, 2010.

ROBLES, Raquel. *Pequeños combatientes*. Buenos Aires: Alfaguara, 2013.

SALVI, Valentina. Reconciliación nacional. Los militares entre la amnistía y el perdón. Dilemas de la memoria. Leer Sudáfrica, pensar Argentina, suplemento Lectura Mundi, UNSAM de Review. *Revista de libros*, Buenos Aires: Capital Intelectual, noviembre-diciembre, Año II, N° 10. 2016

SARLO, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Una discusión, Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.

TATIÁN, Diego. ¿Fundar una comunidad después del crimen? Anotaciones a un texto de Claudia Hilb. *Revista Discusiones*, n° 12, Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur, pp. 59-69, 1|2013.